

Excmo. Sr. Director de la RAE, Excmo. Presidente de Euskaltzaindia, Excmo. Presidente de la RAG, autoridades, señores académicos, familia de Henrike Knörr.

Vaya por delante nuestro agradecimiento a Euskaltzaindia por su amable invitación a participar en este acto de Homenaje al Euskera, así como en el homenaje a nuestro malogrado y estimado amigo y académico Henrike Knörr.

Quiero excusar ante las autoridades y ante los señores académicos la ausencia del Sr. D. Isidor Marí, actual presidente de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans, cuyas obligaciones no le han permitido acompañarles hoy.

Por una feliz coincidencia, este acto tiene lugar cuando aún no ha concluido la celebración del centenario de la Sección Filológica del Institut d'Estudis Catalans, creada en 1911. Este centenario ha coincidido además con el de la muerte del poeta Joan Maragall, uno de los siete primeros miembros de la corporación, cuyo tránsito se produjo dentro del primer año de vida de la misma. Traigo ambas conmemoraciones a colación porque su conjunción nos llevó a tomar como lema “2011 el año de la palabra viva”, expresión que Maragall utilizó en su *“Elogi de la paraula”*, y con la que se ha querido enfatizar el valor de la creatividad lingüística constante propia de los hablantes de una lengua viva y proyectada hacia el futuro y no tan sólo hacia un más o menos lejano, más o menos cercano pasado literariamente esplendoroso.

Entiendo que es precisamente esta capacidad de renovación continuada y de proyección de futuro, referida al euskara, lo que este acto quiere enaltecer. El tiempo de que dispongo no me permite explayarme en consideraciones sobre la diversidad lingüística y la singularidad de la lengua vasca. De todos modos, no puedo pasar por alto que progresivamente esa diversidad ha dejado en gran parte de ser percibida como una amenaza a la unidad política, como una traba para proyectos políticos compartidos o como una rémora para el desarrollo económico.

Desde el pasado siglo la lingüística no ha enseñado que el lenguaje es una capacidad cognitiva universal de la especie humana y de cada uno de sus individuos, pero por largo tiempo se ha desentendido en exceso de la diversidad de sus manifestaciones, a la vez que ha omitido que toda lengua

posee una dimensión pública que la vincula al ágora en la que interactúan con sentido y con propósito miembros de una comunidad que comparten tiempo, espacio y bagaje cultural, todos ellos hablantes reales con trayectoria vital y expectativas. Es cierto que en el mundo de hoy las cosas se han vuelto complejas, pero no voy a entrar en ello.

En su momento, con su lenguaje y acarreando su visión del mundo, Maragall supo expresar los términos del problema:

*“¿Qué significa lenguaje universal sino expresión y comunicación del alma universal? Y si el alma universal [...] en cada tierra habla por boca de los hombres que la tierra misma ha criado con amoroso esfuerzo, la única expresión universal será, pues, aquella tan variada como la variedad misma de la tierra y de sus gentes.”*

De tales palabras se me antojan eco las de D. Antonio Machado cuando afirma: *“lo más íntimo es lo más universal”*. Aunque el poeta se refiera antes al contenido de la experiencia que al continente que la verbaliza, la lengua de cada quién es realmente algo muy íntimo a la vez que universal. La lengua sirve no sólo para comunicar con otros, sino para ser nosotros. Y sólo desde aquello que somos, porque así nos lo ha dado la existencia, podemos aportar algo nuevo, algo único, al concierto de voces y pensamientos de la humanidad. Ése es el reto de la lengua vasca hoy y siempre, como lo es de cualquier otra.

El catalán de Ramón Llull no es el de Pere Gimferrer, pero ambos son catalán, a fin de cuentas: una lengua es también una vigencia histórica. En ello, la lengua vasca aventaja a todas las demás, pues sus orígenes se hunden en las profundidades de la prehistoria. No por ello deja de ser el euskara una lengua moderna, una lengua actual, como lo son todas las que pueblan el planeta. Generaciones de generaciones han codificado en euskara un fragmento significativo y singular de la experiencia humana.

Euskaldunes, catalanohablantes, gallegohablantes, castellanohablantes tenemos una responsabilidad para con nuestras respectivas lenguas: hablar, decir, es un acto de responsabilidad, y cada uno lo ejerce según su compromiso y su posición en el mundo. Nadie debiera pensar que ello nos aleja a los unos de los otros o que nos contrapone. Por el contrario y, en fin, para decirlo de nuevo con el poeta de *“la palabra viva”*:

*“no es por el sonido de las palabras que todos los hombres somos hermanos, sino por el espíritu único que las hace brotar diferentes en la variedad misteriosa de la tierra.”*